

# RITOS Y TRADICIONES EL SEÑOR DE MAPIMÍ Y EL CRISTO DEL TIZONAZO

---

GABRIELA SÁNCHEZ GARZA



## LA CELEBRACIÓN DEL CRISTO Y SEÑOR DE MAPIMÍ EN CUENCAMÉ

### Descripción del pueblo

Cuencamé es un municipio importante que, con aproximadamente 10 mil habitantes, está ubicado en la zona semidesértica del estado de Durango, en la región conocida como el Bolsón de Mapimí. En este lugar predominan los climas secos, su vegetación es típica de zonas áridas con plantas como la lechuguilla, el agave, la gobernadora, el mezquite, cactáceas, y acacias, entre otras. Es una zona rica en yacimientos de calizas, ónix, mármoles y otros minerales no metálicos.

El Real de Cuencamé es de temple algo caliente estéril de pastos y aguas. Tiene un gran cerro en que ay innumerables minas con gran cantidad de metales todo de fundición que por no poderse beneficiar en los ingenios deste Real se sacan a fundir a otras minas circunvezinas como diximos otras en los yngenios del Rio Grande de Medina[...].<sup>1</sup>

El padre franciscano Fray Jerónimo Panger fundó el convento de la Purísima Concepción de Cuencamé en el año de 1583,<sup>2</sup> en donde se estableció la primera misión franciscana, y años más tarde, en 1594, las misiones de la Compañía de Jesús.

Ay un monasterio de frailes franciscos que tienen a su cargo la doctrina de vn poblesuelo de yndios chichimecos que se llama Cuencamé de quien tomaron el nombre estas minas. Juntamente tienen estos religiosos a su cargo vna parte de los yndios que siruen en las casas y minas de los españoles.<sup>3</sup>

Gabriela Sánchez Garza, antropóloga,  
es investigadora del Centro INAH  
Durango.

<sup>1</sup> Alonso de la Mota y Escobar, *Descripción Geográfica de los reynos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León (1605)*, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, Guadalajara, 1966, p. 85.

<sup>2</sup> José Ignacio Gallegos, *Durango colonial (1563-1821)*, Jus, México, 1960, p. 171.

<sup>3</sup> Alonso de la Mota y Escoba, *Op. Cit.*, p. 86.

Al descubrir las minas de Santa María de San Lorenzo, los europeos fundaron en 1601 el actual Cuencamé con el nombre de Real de Minas de San Antonio de Cuencamé. Fue uno de los reales mejor poblados de la Nueva Vizcaya, contaba con iglesia parroquial atendida por clérigos cuyo salario pagaban los mineros.<sup>4</sup> Por la misma importancia que cobró este real y con la intención de proteger a la población de los ataques de los bravos tobosos y en general de los indios, el gobierno virreinal estableció un presidio, que posteriormente se ubicó en la región de la Santísima Concepción, ya que por allí cruzaban los caminos reales.

Entre este Real ay a la contina mas de cien españoles entre mineros y mercaderes vezinos sin / otros muchos mas que entran y salen a tratar y contratar.<sup>5</sup>

Cuencamé es distinguido y conocido históricamente por la milagrosa imagen del Señor de Mapimí que está sobre el retablo barroco de mediados del siglo XVIII<sup>6</sup> del templo de San Antonio de Padua, patrono del pueblo.

### Origen de la imagen

El origen del culto a este cristo se desconoce. No se tienen evidencias de que hubieran sido los franciscanos, ni los jesuitas quienes lo introdujeron, tampoco se sabe a ciencia cierta cuándo inició pero, igual que otras imágenes crísticas del estado su origen, se relaciona con hechos prodigiosos que, según los devotos, sobrepasan las posibilidades humanas. El maestro Anacleto Hernández, cronista del municipio, en su historia del Señor de Mapimí, relata lo siguiente:

La historia de la imagen cuenta que ésta es venerada en la región desde el siglo XVIII. En el año de 1715, un Jueves Santo, en que los españoles del Real de Mapimí realizaban una procesión cargando la imagen, sufrieron el más devastador ataque de tobosos y cocoyomes. Un grupo de soldados logró escapar con la imagen hacia la población de Parras, atravesando la sierra de Jimulco, sitio donde hallaron un lugar propicio para ocultarla.

Tiempo después, la imagen fue encontrada muy cerca de las márgenes del río Aguanaval “por unos soldados escolteros”, en un árbol llamado mezquite, “en donde dicen lo visitaba una india”. Se entiende que la india era cristiana pues “veneraba la efigie de Cristo, señor nuestro y titulado de Mapimí”. Los escolteros trasladaron la imagen “a la parroquia de Cuencamé”, llegando ahí el 6 de

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> *Idem.*

<sup>6</sup> Véase Clara Bargellini, *La arquitectura de la plata*, IIE-UNAM, México, 1991.

agosto de 1715 para no irse nunca, “extendiendo sus brazos de su misericordia, favoreciendo y obrando muchos milagros”, según expresan los pobladores.<sup>7</sup>

Cuenta la leyenda que a pesar de los intentos de los pobladores de Mapimí por recuperar su cristo no pudieron lograrlo porque cada vez que se pretendía moverlo se hacía pesado, imposibilitaba su movimiento, lo que se interpreta como que el Señor de Mapimí no desea salir de Cuencamé.

Su casa es, desde entonces, el Real de Minas de San Antonio de Cuencamé, en la parroquia de San Antonio de Padua, sitio que “no ha querido abandonar” por más esfuerzos que se han hecho para regresarlo a Mapimí.

Durante el trabajo de campo realizado para observar y participar en las celebraciones en honor al Señor de Mapimí se registró que cada año, del 28 de julio al 7 de agosto, en Cuencamé se lleva a cabo un solemne novenario en honor al cristo, siendo ésta una de las tradiciones de religiosidad popular más grande y antigua de la región y del norte de México.

Peregrinos de la Comarca Lagunera (Durango y Coahuila), del valle de México (Estado de México y Distrito Federal), de Ciudad Juárez, de Jalisco, de Chicago, de Atlanta, de California y de Texas, se dan cita para expresar su devoción y su fe al Señor de Mapimí.

Los peregrinos del cañón de Jimulco, lugar en donde se encontró al Cristo de Mapimí, preservan la añeja tradición de asistir a estas festividades en una caravana de carretas en las que transportan a los niños y a los ancianos, así como parte de su abastecimiento de comida y de leña. Luego de atravesar la sierra de San Lorenzo, ya en Cuencamé la gente del pueblo les brinda hospedaje y alimento.

### **Organización de las celebraciones**

Durante los días de la celebración es imposible evadirse en Cuencamé del ambiente festivo; el pueblo entero es una romería y en el atrio del templo de San Antonio de Padua convive la fe con el comercio, la música, la canción cardenche (canto típico de la comarca lagunera, sin acompañamiento musical), las danzas, el color, el fervor, el olor a incienso y la devoción hacia el cristo.

El paisaje de la plaza principal está compuesto por una inmensidad de puestos de comida, de tequila, de discos *pirata*, de ropa, de dulces, sarapes y cobijas, de talabarteros, imágenes de santos, juegos de azar clandestinos, carreras de caballos, etc. Entre todo esto se distinguen, con sus vestidos blancos, que a

<sup>7</sup> Véase “Crece el fervor católico por el Señor de Mapimí”, en *El siglo de Durango (regional)*, domingo 7 de agosto de 2005, Durango.

decir del párroco simbolizan la pureza del alma, las niñas y los niños que hace un rato en ceremonia especial recibieron su primera comunión. Los rituales tienen un lugar preponderante en el programa de las festividades religiosas. Muchas familias esperan esta fecha para realizar los ritos sacramentales, como la confirmación, la comunión y el matrimonio.

Durante los días del novenario se dicen oraciones y plegarias. Las comunidades aledañas, como el Tanque, Santa Cruz de Cuchilla, Cerrito Colorado, 12 de Diciembre, San Antonio de Ojo Seco, Cerro Gordo y el Pueblo de Santiago, participan con un carro alegórico en una procesión en la que dramatizan plásticamente escenas religiosas y bíblicas en honor a su cristo.

El día 3 de agosto los hermanos de la cofradía o Hermandad del Señor de Mapimí, bajan al cristo de su retablo, y lo colocan en posición horizontal sobre una mesa en el centro del templo donde permanecerá hasta el 7 de agosto, para que sus fieles tengan oportunidad de agradecer algún favor ya concedido o de pedir alguna gracia, pero sobre todo para que puedan manifestarle su devoción.

Se dice que los cofrades o hermanos fueron los iniciadores del culto y a la fecha son los encargados de organizar los festejos religiosos en honor al cristo. Tienen la obligación de salvaguardar el orden y la limpieza dentro del templo, de acompañar y velar al Señor de Mapimí todos los días de homenajes, y ayudar al presbítero en las actividades que se realizan en la iglesia y en el atrio de la misma. Igual que otros cofrades, ellos visten una túnica morada con un cordón colgando del cuello sobre el hábito.

Por la tarde del 5 de agosto se realiza la magna peregrinación en la que participan, con su gente, todas las comunidades antes mencionadas, así como las asociaciones católicas y hermandades que residen en Cuencamé. Cada comunidad se distingue con un estandarte, ofrenda, danzas, música, flores, carros alegóricos y despensas “para los pobres”.

Todo el pueblo está lleno de resonancia. Los peregrinos locales y foráneos entonan cantos y oraciones durante la procesión, rezan salmos y plegarias, queman incienso y petardos. Algunos oran en silencio.

A decir de los lugareños, esta celebración reúne a más de 7 mil personas y es una de las expresiones más auténticas, sentidas y concurridas de la religiosidad popular de este pueblo, de esta región, del estado de Durango y del norte de México.

El 6 de agosto se amanece cantando las mañanitas al Señor de Mapimí, desde la noche anterior la música y la danza son las protagonistas de la fiesta. A decir del sacerdote Francisco del Campo, párroco de Cuencamé, “ambas se asocian para expresar un sentimiento colectivo de acercamiento y de fe, de unión y de gratitud con el milagroso Cristo de Mapimí”.

Las danzas que se bailan en la región son las de matachines y la danza de la Pluma. La mayoría de danzas que se ejecutan durante la festividad son guadalupanas.

La danza de la Pluma tiene 493 años de existir. Originaria de la región del pueblo de Santiago, es una danza mestiza, que integra elementos europeos; ejecutada originalmente nada más por hombres, solamente se permite que participen las mujeres en el caso extremo de que tengan que pagar una manda o agradecer un favor o gracia recibida.

La danza del Señor de Mapimí se fundó desde que esta imagen llegó a Cuencamé, afirma María San Juan, quien tiene diez años ejecutando estos bailes y dos años de ser monarca de la misma. Se ejecuta por mujeres, y sólo los “viejos de la danza” son hombres. Su vestuario se compone de una enagua roja, sendal y un penacho, que el día 4 de agosto se cambia por una corona de espinas.

La danza Apache es también guadalupana. En ella participan 50 personas: cuatro capitanes, un monarca, los viejos de la danza, dos malinches, y hombres y mujeres en general; su vestuario es como el de los apaches: pantalón y chamarra café con barbas blancas, un taparrabo bordado que lleva por delante una figura con lentejuela de un apache; por la parte de atrás lleva bordada, de igual manera, la figura de la Virgen de Guadalupe. Lo más importante: marcan el ritmo percutiendo la flecha contra el arco.

En todo momento el templo está repleto de gente que hace fila para besar la imagen del cristo y recibir un cordón bendito, que tradicionalmente los hermanos de la cofradía colocan a cada persona en la muñeca como prueba de su adoración.

Los peregrinos y la gente local narran emocionados el sinfín de milagros que el Señor de Mapimí ha realizado. Antiguamente lo reconocían como el Señor de los Viajeros, ya que Cuencamé era el sitio más seguro del Camino Real de Tierra Adentro (“por ahí cruzaban los caminos reales”). La gente iba a rogar por el milagro de volver con vida de su viaje por territorio de tobosos y comanches.

El 7 de agosto, después de la misa de 12, sacan al Cristo de Mapimí en procesión durante 40 minutos al atrio de la iglesia, y entre cantos, danzas y lágrimas se despiden de él.

Cuando lo regresan al templo y los hermanos lo colocan nuevamente sobre su retablo, los peregrinos y fieles quieren vivir ese momento porque lo consideran especial; la gente se emociona y entona, con voz triste y aguda, cantos de aflicción, conocidos en la región como cardenches. Dicen los de ahí que son cantos tristes porque son de despedida.

## EL SEÑOR DE LOS GUERREROS O CRISTO DEL TIZONAZO

Indé ocupa un lugar preferente en la historia de la Nueva Vizcaya, pues fue de los primeros lugares descubiertos, y sus minas de las primeras trabajadas por los europeos. Originalmente estaba poblado por indios tepehuanes que lo llamaban Indehe y fue conquistado en 1552 por el capitán Rodrigo del Río y Loza.

En las minas de Indehe ay tres yngenios en que benefician los metales por fundición abra cuatro o cinco Vecinos cuya doctrina es de clerigos aunque al presente no los hay porque los Vecinos son pobres, y el no se podría sustentar. Visitan los padres de la Compañía. Tienen un alcalde mayor puesto por el Gobernador. Es tierra montuosa y llana donde hay algunas estancias de ganados mayores y menores y algunas labores de trigo y maíz.<sup>8</sup>

### Descripción del pueblo

San José del Tizonazo pertenece a la municipalidad de Indé. Fue un pueblo de misión, asignado a los jesuitas entre 1607 y 1616. El poblado fue el centro de la misión jesuita que tomó a su cargo la evangelización de los indígenas de la zona, que fueron casi exterminados durante su última rebelión, en 1616.

En la actualidad cuenta aproximadamente con 400 habitantes. Es un sitio de peregrinación popular porque allí se encuentra el santuario de uno de los cristos más admirados por sus milagros entre los católicos: el Cristo del Tizonazo o Señor de los Guerreros.<sup>9</sup>

Cada primer viernes de marzo acuden a este lugar, también conocido como “El Pueblito”, más de 6 mil peregrinos de la región, de la ciudad de Chihuahua, de Parral, de Jiménez, de Ciudad Juárez, de Jalisco y paisanos que

<sup>8</sup> Véase Alonso de la Mota y Escobar, *Op. Cit.*

<sup>9</sup> La información referente al Cristo del Tizonazo o Señor de los Guerreros, principalmente, procede de Cramausel y Álvarez, 1990. Cuando no sea así, se señalará.

migraron a trabajar a diferentes partes del sur de Estados Unidos: pagan una promesa, solicitan una gracia, disfrutan de las fiestas, pero sobre todo, continúan con una tradición de fe al venerar la imagen del Señor del Tizonazo durante los días de conmemoración.

A lo largo de la carretera, rumbo a San José del Tizonazo se ven caravanas de camionetas y “trocas” llenas de víveres y gente que van en grupos familiares a venerar al cristo. Por ejemplo, don Lorenzo Nájera Silva y su hermano José<sup>10</sup> son operadores de maquinaria pesada, originarios de Chihuahua, radicados en La Boquilla, municipio de San Francisco del Oro, Parral. Desde La Boquilla hasta “El Pueblito” hacen “una tirada de 300 kilómetros”. Ellos, al igual que muchos otros peregrinos, a las once de la mañana y a una distancia aproximada de diez a 15 kilómetros del Tizonazo interrumpen su camino para alimentarse. Uno de los hijos pequeños dice que hay que llegar “a tiempo y bien fuertes a la misa de doce porque allá, por tanta gente, no se puede ni comer”.

Los hermanos Nájera viajan con sus hijos, sus esposas y dos invitados. Diana, la hija menor de don Lorenzo, tiene nueve años. Ha estado en la fiesta del Señor de los Guerreros siete veces y siempre —dice ella— le dan muchas ganas de asistir a la feria y rezarle al cristo. Don Lorenzo y su hermano recuerdan que con sus padres asistían año con año a esta fiesta, pero ellos salían una semana antes, a pie, para llegar el jueves. Externan los hermanos que esta celebración tiene mucho arraigo y muchas actividades de las que gustan de participar.

Ellos y sus familias emprenderán el regreso a Parral vía Guanaceví el domingo, nuevamente, a bordo de una camioneta Ford *Pickup* 74 con redilas, en la que los hermanos y uno de los hijos adolescentes se acomodan en la cabina; en la caja las mujeres, los niños, el resto de la familia y los invitados que se protegen del sol y del aire con una lona plástica.

Un gran número de peregrinos realizan a pie, igual que sus antepasados, el recorrido de la peregrinación, algunos por cumplir con una manda, otros para solicitar algún favor, y otros por el gusto de hacerlo y para que la tradición continúe.

Igualmente, del valle de Allende sale un escuadrón de 45 hombres a caballo. Todos visten camisa roja y cargan un estandarte. Vienen cada año a ofrendar su fe al Cristo del Tizonazo.

Entre los caminantes, don Ramón Arrieta, de 70 años de edad, es originario de Ciudad Jiménez, Chihuahua. Desde ahí salió caminando el martes a

<sup>10</sup> Conversación con los hermanos Nájera y sus familias durante el trabajo de campo.

las 23:00 horas, y llegó a “El Pueblito” el jueves a las 16:30; señala que él solo recorrió ¡150 kilómetros en tres días! Don Ramón considera que a esta fiesta “viene uno a pedirle fuerzas al Señor y a darle gracias por la vida.”<sup>11</sup> Ha asistido a la peregrinación del Tizonazo desde que tenía diez años. Recuerda que primero hacía el recorrido en carreta con sus familiares, sus padres y sus abuelos, quienes “eran morados” ya que pertenecían a la Hermandad del Señor de los Guerreros, igual que él “desde hace 40 años”.

La familia Gutiérrez Barrón concurre desde Salaises, Chihuahua; el abuelo don Pedro y su esposa platican que vienen con ellos como 25 personas entre hijos, nietos y nueras, diez de ellos a caballo. Externa don Pedro que acudir a caballo es una costumbre originaria de Ciudad Jiménez, que quieren hacer propia los de Salaises.

### **Origen de la imagen**

En relación con el origen del Señor de los Guerreros, no se sabe a ciencia cierta cómo inició, ni cómo llegó la imagen del cristo a San José del Tizonazo.

Algunos sacerdotes, así como la mayor parte de la gente común, a quienes pregunté, dijeron desconocer el origen de la imagen. El padre Manuel Molina, párroco de Indé, considera que la tradición de venerar al cristo es muy antigua y se realiza aquí y en diferentes partes del estado de Durango el primer viernes de marzo, porque “es el día de la compasión y de la misericordia”.

La tradición oral asocia al cristo con supuestos hechos milagrosos. Su historia está plasmada en leyendas, relatos populares, la experiencia personal y la devoción que los fervorosos le profesan. También hay quienes piensan que esta devoción inició con las misiones que se establecieron durante la época colonial en San José del Tizonazo, pero no hay evidencias documentales de ello.

El mismo señor Arrieta considera que son muchas las versiones en torno a la imagen y narra parte de una de tantas:

Durante la guerra Cristera, la imagen del Cristo fue muy perseguida, la querían destruir. Los católicos la anduvieron escondiendo, la ocultaron y aunque la cruz no era de aquí, aquí se quedó porque ya no la pudieron mover: no se dejó mover.

En el prólogo de la novena al Señor de Los Guerreros con licencia eclesiástica, destaca lo siguiente:

<sup>11</sup> Entrevista durante el trabajo de campo.

[...]aparece en el Pueblo del Tizonazo, de Indé, una imagen del Crucificado; ignorándose quién la trajo, de dónde y cuándo. Es probable que el principio histórico de esta imagen se remonte al año de 1616, en que la sublevación tepehuana de ese tiempo envolvió en siniestro incendio y regó con sangre cristiana la Ciudad de Santiago Papasquiario. Algunos misioneros que allí no sufrieron el martirio pudieron dispersarse y llevar consigo la imagen que los ampara contra el enemigo.

Ya que la historia no nos descubre los velos del pasado con referencia a la milagrosa imagen, pidamos el auxilio a las relaciones verbales de millares de peregrinos que nos revelan cuantos prodigios se han realizado por la mediación de esa imagen. Año tras año se repiten las romerías en el Templo del Tizonazo, a donde concurren miles de almas a demostrar su gratitud por los beneficios que por su intercesión han recibido: muletas, bastones, retablos, trenzas de cabello natural y centenares de ex votos recuerdan al visitante las maravillas que se han recibido. Allí se ve no sólo al devoto de lugares cercanos, sino al peregrino de lejanas tierras, que atravesando las montañas por caminos escabrosos, por veredas intransitables, sufriendo los rigores de los elementos y venciendo dificultades sinnúmero, vienen a derramar el llanto de la gratitud a los pies del crucificado del pueblo del Tizonazo, sin otro fin que el de venerar a la imagen, probándole el hecho de que profanos mercaderes han pretendido explotar a los romeros; obteniendo como merecida recompensa un desconsolador fracaso.<sup>12</sup>

El profesor Everardo Gámiz escribe en su libro *Leyendas duranguenñas* que el Señor de los Guerreros era el protector de las fuerzas al mando del entonces gobernador de la Nueva Vizcaya que combatió a los tepehuanes alzados.

Describe el origen de esta tradición:

Allá en los tiempos de la dominación española, salían del pueblo de San José del Tizonazo, del municipio de Indé, un primer viernes de marzo, algunos indígenas a cazar al campo. Amanecía apenas cuando, a las orillas del pueblo y bajo un corpulento mezquite, advirtió uno de ellos un objeto que atrajo su curiosidad. Este era un crucifijo de madera, se llevaron a aquel santo al que improvisaron un altar debajo de una enramada que formaron con la cooperación de los habitantes del pueblo. Durante todo el día danzaron ante el altar del aparecido, al que dejaron solo ya muy entrada la noche.

<sup>12</sup> Prólogo de la novena del Señor de los Guerreros.

Al día siguiente el santo estaba en el mismo sitio en que se había aparecido y de donde volvió a ser conducido a la enramada, repitiéndose la fiesta del día anterior; pero durante la noche el santo regresó al tronco del añoso mezquite.

Vaya decían los indios; este hombre no quiere estarse donde queremos, y forzoso será formarle aquí mismo su casa. Cortaron el tronco del árbol a unos dos metros de altura y sobre él colocaron al santo empezando a construir ahí una pequeña capilla y un altar que tuvo como núcleo el tronco del mezquite. Ahí vive y mora el Señor de los Guerreros.

Otra leyenda de Gámiz, narra que:

Cierta tarde llegaron en un coche unos sujetos a visitar al Señor de los Guerreros y a probar su poder, pues eran gente incrédula, traíanle como regalo tres grandes cirios de cera, que contenían en su interior bombillos de dinamita. Si el santo era milagroso, escaparía a los estragos de la explosión.

Los visitantes entregaron al sacristán los cirios. Al ir éste a encenderlos, escuchó una voz que le ordenaba no encenderlos, y en ellos se descubrió la dinamita escondida. Los culpables recibieron su castigo, siendo el coche volcado cayeron a un arroyo ahogándose todos los pasajeros. No se sabe cuando se colocó la imagen del cristo en la capilla.<sup>13</sup>

Un suceso prodigioso avivó y fortaleció la tradición del Señor de Los Guerreros.

El Cristo del Tizonazo era trasladado desde 1946<sup>14</sup> a la población de Indé para rendirle tributo durante un triduo. Esta práctica se llevaba a cabo todos los años. El domingo 22 de junio de 1958 fue llevado a Indé y fue regresado el jueves 26 del mismo mes.

Según el testimonio del canónigo don Reinaldo González, algo extraordinario ocurrió entonces:

Llegamos al templo a la una y 25 minutos de la tarde, hora local, tomada del cuadrante que está colocado en el atrio de la parroquia de Indé, colocada la imagen en su sitio, el altar mayor, porque es el único que existe, a la una y media, notamos en la imagen un brillo muy luminoso y gotas de sudor corrían por todo su cuerpo; no creíamos que fuera algo milagroso, por eso lo limpié con una toalla,

<sup>13</sup> Véase Cramausse y Álvarez, 1990.

<sup>14</sup> Actualmente se saca en procesión el 25 de junio una imagen en pintura de San Juan Bautista. Se le lleva del templo de Indé a pernoctar en el templo de San José del Tizonazo, y lo regresan al siguiente día. La imagen del Señor de los Guerreros hace mucho tiempo que ya no sale en procesión ya que por su antigüedad y por su valor patrimonial tenía que protegerse.

que quedó humedecida y creyendo que aquello sería suficiente; pero no, no fue así porque no habían pasado ni dos minutos, cuando aquel sudor aumentó y le corría por todo su divino cuerpo; hasta entonces nos dimos cuenta que aquello era algo sobrenatural. El sudor continuó por más de 5 horas y todavía a las 9 de la noche se le veían algunas gotas.

Como fue mucho el tiempo que esto duró, fue suficiente para que muchas personas acudieran al pueblo y hasta el señor cura Agustín Guillen Bencomo, párroco de Santa María del Oro, Durango, llegó cuando el sudor era más intenso, porque le avisaron por teléfono, y los testigos presenciales, se calcula fueron más de mil[...].<sup>15</sup>

Los fervorosos del Señor del Tizonazo manifiestan su devoción y su interés más en conocer y agradecer los favores concedidos que en investigar sobre su origen.

Horalia de Torres nos cuenta que su hijo Pablito de un año ocho meses no “quería caminar”. Se lo ofreció al Señor de los Guerreros y, según dice, “caminó y muchísimos milagros más nos ha hecho a mis familiares y a mí, desde hace más de 50 años”. Doña María Olivas, quien es devota de este Cristo, considera que la fiesta del Señor de los Guerreros “es una fiesta para dar y recibir. Ya que cumplir bien con la manda es regresar a otros algo de lo bueno que uno recibe[...].”

La fiesta del Señor del Tizonazo conserva la huella de un rico pasado histórico que se manifiesta tanto en el culto como en las creencias religiosas, tradiciones y costumbres, y se expresa en una cultura dinámica y variada en la que las festividades religiosas son parte de las expresiones vitales de la vida cotidiana.

### **La feria**

En San José del Tizonazo la devoción se convierte en festejo, los peregrinos acuden a pedir y a agradecer favores, a demostrar su fervor, a pagar mandas y gracias concedidas, transformando el santuario en romería.

El pequeño pueblo es una explosión de formas y colores, cohetes, pólvora, toritos de petates, fuegos pirotécnicos, venta de comida, de objetos religiosos y de todo tipo.

Danzas rituales y cosmogónicas que ofrendan danzantes de Coahuila, Chihuahua y Durango.

<sup>15</sup> Véase Sáenz Carrete, 2000.

Abel Macías es originario de Coahuila, pertenece al grupo de danza Teocalli, baila danza azteca y desde hace 27 años viene a “El Pueblito”, exclusivamente a ofrendar su danza al Señor de los Guerreros.

Este tipo de danza es una de las más frecuentes en las regiones del norte del país; el grupo de danza se reúne varias veces al año para dedicar sus bailes en diferentes fiestas patronales pero, a decir de Abel, “la celebración más sentida, y la que más nos llega” es la del Señor de los Guerreros. “Vengo aquí a bailar desde hace 27 años[...]”, “la danza azteca es muy antigua, se aprende bailándola: de esta forma se enseña a los hijos igual que los padres nos enseñaron a nosotros.”

### **Bibliografía**

- Bargellini, Clara, *La arquitectura de la plata*, IIE-UNAM, México, 1991.
- Gallegos, José Ignacio, *Durango colonial (1563-1821)*, Jus, México, 1960.
- Mota y Escobar, Alonso de, *Descripción geográfica de los reynos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León (1605)*, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, Guadalajara, 1966.
- Suplemento *Siglo Nuevo*, del diario *Siglo*, Torreón, 23 de mayo 2005.
- Cramaussel, Chantal y Salvador Álvarez, *tradiciones nortenas. La peregrinación a San José del Tizonazo, Durango, una de las más grandes manifestaciones religiosas del norte de México*, en *Transición*, Instituto de Investigaciones Históricas UJED 1990.
- Gámiz, Everardo, *Leyendas Duranguenas*, Editorial del Magisterio “Benito Juárez”, Tercera edición, Durango 1963.
- Sáenz Carrete, Erasmo, *San José del Tizonazo: el santuario de la migración*. Presidencia Municipal de Indé, Durango, 2002.
- Novena al Señor de Los Guerreros repartida en la iglesia en el año 2003.